

mado amor de Jesucristo y de su presencia real en la Eucaristia, nuestro dulce consuelo y manantial inagotable de nuestra confianza; juicio terrible sobre la conformidad de nuestra vida con la regla suprema de las costumbres, y con la inalterable verdad del Evangelio; dificultades multiplicadas en el único negocio que tenemos, que es el de nuestra salvacion; máximas del mundo esencialmente opuestas á la única regla de las costumbres; espíritu del mundo estremamente contrario al espíritu de Jesucristo; vida mortificada, vida penosa, vida pura, vida penitente para que pueda ser y se pueda llamar vida cristiana; este es el compendio de nuestra fe. Dudar de un solo artículo en esta materia es ser infiel. Máximas del Evangelio, moral inalterable de Jesucristo; tener otra regla de vida, es condenarse, es ser réprobo, es ser desdichado, y enteramente perderse. Estas son las máximas de Jesucristo; ¿pero son estas las nuestras? Esos grandes del mundo, esos hombres de negocios, esas almas enteramente carnales, esas mujeres terca y obstinadamente mundanas, ¿entran en estas máximas? ¿estudian esta soberana, esta única regla de costumbres? ¿y son verdaderamente fieles todos los que el día de hoy tienen el nombre de cristianos? Esas personas esclavas de sus pasiones, tristes víctimas del mundo; esos ídólatras de los placeres, que pasan toda la vida en la enemistad de Dios y en su desgracia; esos cristianos de nombre, oprobio del cristianismo; porque *muchos*, como decia S. Pablo á los filipenses (cap. 3.), y con mas razon lo podemos decir el día de hoy, *muchos siguen otro camino muy diferente que el camino del Evangelio. Y estos son aquellos mismos de quienes os decia antes, y lo repito ahora con las lágrimas en los ojos, que son enemigos de la cruz de Jesucristo, cuyo fin es la muerte eterna, cuyo Dios es su vientre, que hacen vanidad de lo mismo que los deshonra, y que solo toman gusto á las cosas de la tierra.* Todos aquellos que son originales de este retrato (¡y cuantos lo son, santo Dios!) ¿se gobiernan por las máximas del Evangelio? ¿y estos tales tendrán buenos fundamentos para esperar un dichoso fin? ¡O mi Dios, y qué prueba tan palpable es la conducta de la mayor parte de los hombres de que es muy corto el número de los escogidos!

El Evangelio es del cap. 12 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á ahora el príncipe de este mundo las turbas de los judios: Ahora será echado fuera. Y yo cuando se hace el juicio de este mundo, sea levantado de la tierra, lo

traeré todo á mí. (Y esto lo decia para significar de qué muerte habia de morir.) Respondióle la turba: Nosotros hemos entendido de la ley que el Cristo vive eternamente; ¿como dices tú, pues, conviene que el Hijo del hombre sea levantado de la tierra? ¿Quién es este Hijo del

hombre? Jesus, pues, les dijo: Todavía está con vosotros la luz por poco tiempo. Caminad mientras tenéis luz para que no os sorprendan las tinieblas; y el que camina en tinieblas no sabe adonde va. Mientras tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz.

MEDITACION.

Del amor de los trabajos y cruces.

PUNTO PRIMERO.—Considera que es bien digno de admiracion el poco amor que se tiene á las cruces y á los trabajos, despues de habernos enseñado Jesucristo los grandes tesoros que se encierran en ellos. Bien se puede decir que son aquella piedra preciosa que por comprarla y poseerla vende todo cuanto tiene el que conoce lo que vale. Es un tesoro escondido que hace ricos y felices á los que tienen la dicha de encontrarle. Bienaventurados los que lloran, dichosos los que padecen, felices los que pasan la vida entre contradicciones y adversidades, dice el Salvador del mundo. No se engañó el Hijo de Dios cuando nos dió estas lecciones, cuando pronunció estos oráculos. Lleno está el Evangelio de estas verdades; todo nos predica lo que vale la cruz; la necesidad de las cruces, la incomprendible dulzura de los frutos de la cruz; además del ejemplo de Jesucristo tenemos tambien el de los santos. Todos amaron las cruces: muchos diéron ó abandonaron todos sus bienes por encontrar este campo fértil en abrojos y todo cubierto de espinas. A no pocos se les vió pedir á Dios ó morir ó padecer, deseando la vida precisamente para tener mas que sufrir. A otros se les oyó esclamar: Alargadnos, Señor, la vida, pero prolongad los trabajos. En fin, no faltaron algunos que no contentos con estos, pidieron al Señor que se los sazonnase con los abatimientos y con los desprecios: *Pati et contemni pro te.* Este fué el sentir de los santos en orden á las cruces. ¡Cuanta diferencia hay, buen Dios, de su opinion á la nuestra! Se tienen por desgracias las adversidades, se hace cuanto se puede por evitarlas, y se huye de ellas como de infortunios y de contratiempos. ¿Pero de donde nace este disgusto y aun este horror con que se miran las cruces? No de otro principio que de nuestra poca fe, de nuestro poco amor de Dios y del imperio

que tiene el amor propio en nuestros corazones. Tiénese una fe titubeante, una fe lánguida, una fe muerta ó moribunda: esto nos impide comprender bien los oráculos de Jesucristo, y penetrar todo su misterio. Amase á Dios especulativamente, y de aquí nace el poco valor para imitarle y para seguirle. Cada cual se ama á sí mismo; es vil esclavo de sus pasiones, nada mas que un hombre enteramente carnal; hace poco papel, puede muy poco la religion ni en nuestro entendimiento, ni en nuestro corazón; solo se defiende al dictámen de los sentidos, solo se consulta al amor propio. Esta es toda la razon por qué no se aman las cruces. Pero si la cruz es el único camino que guia derecho al cielo; si fué conveniente que el mismo Salvador padeciese para entrar en la gloria, ¿sus verdaderos siervos y los que se precian de discípulos suyos entrarán en ella por otro camino?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que solamente dejan de amar la cruz aquellos que no han gustado sus frutos. El nombre solo de cruz espanta; ¿pero á quiénes? á los hombres del mundo, criados y sumergidos en gustos y diversiones; á los esclavos de las pasiones y de los sentidos; á esas gentes enteramente entregadas á la delicadeza y al regalo. Estos son los que claman contra las cruces; los que se estremecen solo con oír hablar de ellas. Pero *gustate et videte*, dice el Profeta; gustad primero los frutos, y despues podreis hacer juicio de si os debeis gobernar por la corteza; entonces vereis si es verdad que en las adversidades solo se encuentra dolor, tristeza y amargura. Aquellos que los gustaron saben por una dichosa esperiencia que esas aparentes amarguras están sazonadas de dulcissimos consuelos. Es verdad que los sentidos, por decirlo así, están en desgracia; que el natural gime oprimido; que el amor propio padece estraños suplicios; pero qué, ¿no se toma en cuenta aquella virtud omnipotente, aquella suavísima unción de la divina gracia, en fuerza de la cual se encuentra un exquisito consuelo, un gusto particular en todo aquello que sujeta al amor propio y mortifica los sentidos? ¿no se toma en cuenta aquel suavísimo gozo que se experimenta en vestir la librea de Jesucristo, en ser tratado como hijo de la casa, y no como esclavo? ¿no se toma en cuenta aquella seguridad que se tiene de morir con alegría cuando se vivió con aflicciones, y se tuvo cuidado de santificar las cruces y los trabajos? Bien se puede decir que en el penoso ejercicio de estos se experimenta una cosa muy parecida á la que se notaba en el martirio de aquellos héroes cristianos, cuya memoria nos es de tanta veneracion. ¿Te persuades por ventura á que los dejó Dios abando-

nados á toda la viveza del dolor, á todo el rigor de los tormentos, á toda la rabia y á todo el furor de los tiranos? ¿Pero quién jamás hubiera podido naturalmente resistir á aquella infinita multitud de crueldades y de barbaridad que inventó el infierno para atormentar á los cristianos? Aquel gran Dios, que permitía que sus fieles y queridos siervos fuesen tan atormentados, sabía muy bien recompensarlos, endulzándolos sus tormentos y sus penas. Veíanse muchas personas jóvenes, tiernas y delicadas hacer burla de los tormentos y rebosar su alegría en medio de los mas bárbaros suplicios. Veíanse hombres, mujeres y viejos triunfar de gozo, y sentir en lo interior de sus almas un consuelo que, por decirlo así, encantaba toda la vivacidad de los suplicios que se ejecutaban en sus cuerpos. Los mismos paganos que ignoraban el misterio estaban aturdidos, y atribuían á encantamiento lo que era efecto de la gracia del Redentor y de la omnipotencia de nuestro Dios. Es verdad que tambien la gracia tiene sus encantos, pero muy diferentes de los que usa el demonio. Pues esto mismo, poco mas ó menos, sucede tambien hoy con los que viven entre trabajos y cruces. Cuida Dios de aligerar el peso, de endulzar la amargura y de embotar las puntas. Con razon se puede decir que las adversidades, las cruces, las aflicciones, la pobreza y las desgracias sucedieron en el cristianismo á las persecuciones de los tiranos. Es cierta especie de martirio sordo la vida de los que viven en cruz; pero no por eso obra Dios menos milagros en ellos: no se oponen menos á la naturaleza y á los sentidos los trabajos y las adversidades, que las hogueras y cadalsos; pero tampoco es menor el cuidado y la bondad de Dios con los atribulados de nuestros dias, que con los mártires de otros tiempos. Amemos las cruces, y en las cruces hallaremos nuestras delicias.

Haced, Señor, que yo comprenda bien este misterio, y que haga por mí mismo le esperiencia. Dadme este amor santo de la cruz, y tendré infaliblemente el vuestro. Nunca podré amar la cruz sin amar al que estuvo enclavado en ella.

JACULATORIAS.—No permita Dios que me glorie de otra cosa que de la cruz de mi Señor Jesucristo. (*Gal. 6.*)

Si, Señor, toda mi alegría la coloco en las aflicciones, en los oprobios, en las miserias, en las persecuciones y en los disgustos que padezco por amor de Jesucristo. (*2. Cor. 12.*)

PROPOSITOS.

1 Muchos halla Jesus el dia de hoy, dice el autor del libro
IX. 26

de la Imitacion de Cristo, que suspiran por su reino celestial; pero muy poquitos que quieran llevar su cruz. Muchos desean los consuelos; pero á pocos agradan los trabajos. Muchos desean tener parte en sus gozos; pero pocos son tan generosos que quieran participar de sus tormentos. Muchos le siguen á la mesa hasta partir el pan; pero pocos hasta beber el cáliz de su pasion. Muchos le aman cuando están contentos y cuando derrama sobre ellos sus bendiciones; pero á poco que los allija se dejan llevar del abatimiento y de la tristeza. No seas tú de esos siervos cobardes é interesados. No puedes amar á Cristo crucificado, si no amas también la cruz. Nunca pongas los ojos en tu Crucifijo sin oír la exhortacion que te hace á que le imites en sus tormentos. En todas partes se tiene á la vista el Crucifijo, en el oratorio, en frente de la cama, en el altar, y con todo eso este sagrado objeto hace poca impresion en los que le miran. Sea en adelante el Crucifijo tu director y tu maestro. Ama la cruz, y amarás á Jesucristo crucificado.

2 En todas partes nacen las cruces, hasta en el mismo trono. No pretendas arrancarlas, sino hacerlas meritorias. Acuérdate que siempre son efecto de la misericordia y de la bondad de tu Dios. En sucediéndote algun trabajo no dejes de darle gracias inmediatamente con alguna breve oracion, aunque no sea mas que con un *Gloria Patri*. Nunca tengas otro lenguaje con tus amigos, con tus hijos y con tus criados. Inspira á todos el amor á las cruces, singularmente con tu mismo ejemplo.

LOS DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.

EN la Dominica tercera de setiembre celebramos la fiesta de los Dolores de nuestra Señora. — Una de las cualidades que mas ennoblecen á España, y que ensalzan su mérito entre las mas grandes naciones del mundo es, además de su catolicismo, la tierna devocion que siempre ha manifestado á la Reina de los ángeles. La feliz situacion de que goza esta Península, la fecundidad de su terreno, la amenidad de sus valles, la frescura de sus montes y la riqueza de sus minas, que en tantas ocasiones han sido el objeto de la avaricia de las naciones guerreras, todo es menos que el tener en su seno unas criaturas racionales, que reconocidas á su Criador, adoran sus sabias disposiciones, profesan el Evangelio que predicaron los apóstoles, y ponen sus mayores esmeros en celebrar las grandezas de aquella Virgen dichosa que tuvo en su vientre al Unigénito de Dios. España como las demás naciones ha



MARIA SANTÍSIMA

DOLOROSA.

celebrado siempre los misterios de la santa Virgen, adelantándose á muchas de ellas á proporcion que ha sido mayor la santidad de los prelados que la han gobernado, y mayores las causas que la Reina de los ángeles les ha dado para manifestarse agradecidos. Cuando no tuviese multiplicados testimonios de esta verdad en todas las iglesias, bastaria un S. Idefonso, arzobispo de Toledo, para autorizarla; sus obras manifiestan el grado de devocion y de ternura que tenia este santo prelado para con la santa Virgen; y asimismo manifiesta la historia de su vida cuan bien se lo pagó la Señora, dignándose de bajar del cielo á ponerle con sus manos una sagrada vestidura.

Sin embargo de la multiplicidad de fiestas que tiene la Iglesia de España dedicadas á la Madre de Dios, con la circunstancia de haber tenido muchas de ellas en esta region su principio; sin embargo de la solemnidad y pompa con que se celebran infinitos octavarios á todos sus misterios; sin embargo, en fin, de que no hay ciudad, pueblo ni aldea en que no haya alguna imágen dolorosa de la Reina de los ángeles que sea venerada con especial devocion; con todo eso parece que el espíritu de esta nacion piadosa, reunido en el corazon de sus católicos monarcas, no encontraba todavía todo el desahogo que requería su amor y su devocion fervorosa. Consideraban los españoles los dolores de la Virgen en el tiempo en que toda la Iglesia estaba anegada en lágrimas por la representacion de los de su santísimo Hijo. Deseaba por tanto, queriéndose entregar únicamente á la contemplacion de las acerbísimas penas que traspasaron el corazon de María al tiempo que los pérfidos judíos consumaron el mas atroz de los delitos en el Calvario, que los dolores de María tuviesen una festividad particular en tiempo mas desocupado. El animoso rey Felipe V, que juntaba á un mismo tiempo todas las cualidades de un valeroso soldado con las de un cristiano piadoso, se encargó de solicitar de la Silla apostólica la consecucion de esta gracia. Propúsose por modelo el fervor de la religion de los siervos de María, cuya devocion en celebrar los dolores de esta soberana Reina es bien notoria por todo el mundo cristiano. Sus preces tuvieron todo el efecto deseado; pues habiendo precedido el parecer favorable de la sagrada Congregacion de Ritos, dado á 17 de setiembre de 1735, nuestro santísimo padre Clemente XII concedió el dia 20 del mismo mes y año este consuelo á toda la Iglesia de España. En consecuencia debén ocuparse los fieles este dia en la devota consideracion de los dolores de la Reina de los ángeles, teniendo presentes los testimonios de la santa Escritura que los comprueban, los dichos de los santos padres que los

testifican, y las consideraciones de los varones piadosos que los ponderan.

En dos distintos lugares de las sagradas Escrituras se hace mencion de las acerbas penas que alligieron el inocente corazon de la santa Virgen. El primero en el capitulo segundo de S. Lucas, y el segundo en el diez y nueve de S. Juan. El primero contiene una profecía del santo anciano Simeon, en que la certificaba, que su alma habia de ser traspasada con un cuchillo; y en este instante la santa Virgen, que sabia muy bien las Escrituras, vió á un golpe de vista los terribles tormentos que habia de padecer su Hijo, y las acerbas penas que habian de resonar en su corazon. En aquel punto se la representaron las pinturas horriboras que hace Isaías de Jesucristo paciente. Ya le veia humillado, escupido, y abofeteado sin figura de hombre: otras veces se le representaba como un manso cordero que sin abrir su boca iba á ser sacrificado por los pecados del mundo. En aquel instante pudo esclamar con Jeremías: Ved, Señor, la tribulacion que padezco: mi corazon se ha trastornado dentro del pecho, porque estoy llena de amargura. Pero todo esto era inferior al dolor que padeció despues en la pasion sangrienta de su Hijo, cuanto va de la imaginacion á la verdad. Así los dolores de Maria asistiendo á la cruz de su Hijo paciente, tienen el aspecto mas terrible que pueden tener, y así nos la representó S. Juan. Este sagrado evangelista, exactísimo en referir las menudencias de la pasion de su Maestro, llega á hablar del tormento que al mismo tiempo padecía su Madre, y se contenta con decir solamente, que al tiempo de morir su Hijo estaba junto á la cruz. Pero en esto mismo se contiene tanta materia para considerar la intension de los dolores de Maria, que apenas ha habido escritor piadoso que haya podido apurar en sus escritos todo el amargo cáliz que bebió entonces la Señora. Sin duda sus dolores en esta ocasion esceden la comprension del entendimiento humano, y solamente se pueden llegar á percibir con algunas consideraciones piadosas.

Aunque no fijemos, pues, la consideracion en aquel encuentro doloroso, que consideran los contemplativos, y afirma algun otro padre; aunque no pensemos sobre el terrible dolor que penetró el corazon virginal cuando vió entre inmensas tropas de gentes al bendito Jesus llevar sobre sus hombros, hecho un Isaac verdadero; el leño donde habia de ser sacrificado; aunque apartemos los ojos del quebranto que padeció, cuando cumpliéndose una profecía, vió al sol de justicia cubierto de negras sombras, y convertida en sangre la luna llena de gracia y de amargura; solamente con mirarla en la cima del monte sagrado y verdadero

collado de Maria, basta para conocer el mar de penas, la tempestad furiosa que combate su espíritu, y casi la sumerge en el profundo. Discúrrase una por una por cuantas penas sufrieron los mártires; considérense la espada de un Pablo, los leones de un Ignacio; las parrillas de un Lorenzo, las ruedas, los potros, las cruces, la escarnificacion y muerte de un Vicente, de una Eulalia, de un Justo y Pastor, y se hallará, que todos sus tormentos son en comparacion de los de Maria lo que una hoja en un monte, una gota de agua en el mar, una arena en la tierra, y un átomo pequeño comparado con el inmenso espacio del globo celeste. Aquella magnanimidad y fortaleza con que quiere ver morir á su Ismael, no debajo del árbol, sino pendiente de él ante los ojos del universo, despedazan sus entrañas con instrumentos mas crueles que el fuego, el potro y el cuchillo. Su misma fortaleza la hace penetrar á todo riesgo la guardia de los soldados hasta llegar al funesto teatro donde se representó la mas horrible tragedia que imaginaron jamás la crueldad, la envidia, la ingratitud y el despecho. En esta situacion pudiera reconvenirse á la Señora con aquellas palabras del real Profeta que dicen: *Acordaos de que el hombre enemigo ha desafiado con osadía á su Señor, y ha determinado á fuerza de improperios irritar su santo nombre; pero el amor de Maria es magnánimo y mas poderoso que la misma muerte.* Ninguna reconvenccion sera capaz de hacer que perdone dolor alguno á su inocente corazon. Puesta en el monte de mirra, prueba y apura todo el cáliz y amargura que la está preparado. No rehusa los dolores, antes bien padece con su Hijo para beneficio del género humano.

Ya ve con sus mismos ojos á unas manos atrevidas, que asiendo de las ropas teñidas en sangre, despojan al inocente Jesus: ya ve que con una rabiosa furia le quitan la túnica inconsutil, obra de sus manos virginales, y que renovando las llagas de su sagrado cuerpo y cabeza, comienzan á correr de nuevo arroyos de sangre por su divino rostro: ya en fin aparece Jesucristo desnudo, sin mas auxilio para la decencia que la que tiene el hombre por sí mismo cuando acaba de salir de las manos de la naturaleza, como dice S. Ambrosio. Y la madre de honestidad y de pureza, cuyos ojos castísimos infundian decencia, penetrando sus miradas los secretos senos de las almas: aquella que entre todas las mujeres fué la primera que dió á la virginidad un precio inestimable y casi infinito, ¿como tendria su corazon, viendo á su Hijo virgen de los virgenes en una desnudez tan afrentosa, y á la vista de tan innumerable multitud de gentes! Si el temor de la desnudez pudo tanto en unos pechos virginales, aunque gen-

tiles, que el solo bastó para contener los horrendos suicidios que maquinaba la furia de un frenesí en las doncellas de Samos, ¿cuanto sentimiento causaría en el espíritu de la Virgen purísima ver á su Hijo desnudo, y que este oprobio era celebrado con risas desmesuradas, y baldonado con improperios y blasfemias? Clavados sus hermosos ojos en el endurecido cielo estaria suspenso su espíritu, admirando los inescrutables consejos y adorables fines de la justicia del Eterno Padre. ¡Suspension dichosa, si la furia de los hombres permitiera continuarla! Pero ya oye el ruido de los martillos, y percibe como están clavando á su Hijo en el madero de la cruz. Suenan en sus oídos los chasquidos con que crujen los huesos del pecho sacratisimo al tiempo que entre inefables dolores se descoyuntan. Ya ve que conmoviéndose el pueblo, alzándose una estraña gritería, levantaban en alto la cruz para dejarla fija en el suelo. ¡Qué dolor tan agudo el de la benditísima Virgen en este punto! ¡qué tormento el suyo cuando vió que clavado Jesus al madero, y moviéndose del uno al otro lado, se desgarraban mas y mas las sangrientas heridas! ¡qué sentimiento al ver caer hilo á hilo la sangre divina sobre las piedras del Calvario, y aun sobre los mismos que le crucificaban, cuyos pecados estaba lavando con ella! ¡qué angustia, en fin, la de aquel inocentísimo corazón cuando vió ya á Jesus cubierto de oprobios, y hecho el varon de dolores, como tenia profetizado Isaías! Su corazón quedó trastornado de dolor: la espada de su Hijo la atravesaba el alma en lo exterior, y dentro de su espíritu estaba la imágen de la misma muerte. *Subversum est cor meum in me met ipsa, quoniam amaritudine plena sum, fortis interficit gladius, et domi mors similis est.*

Nada hay ya en toda la naturaleza que pueda dar consolacion á la afligida Señora. Si fija los ojos en la tierra, ve los copiosos arroyos de sangre que manan de las heridas del Crucificado: si quiere levantarlos al cielo, se estrellan inmediatamente con su lastimado Hijo: si mira á la multitud de chusma que puebla el Calvario, sus risas y sus blasfemias atormentan los ojos y los oídos; y si se para á contemplar, se le ofrecen uno por uno los miembros dilacerados de Jesus, en que no ve mas que salivas asquerosas, palidez, cardenales, heridas, sangre, horror y muerte. Su alma misma la sirve de tirano, porque la memoria la acuerda los inmensos beneficios que pagan ahora los ingratos hombres con una afrentosa muerte: su entendimiento la representa la suma inocencia de Jesucristo, y la infinita injusticia con que los hombres le han condenado, la hace conocer que es verdadero Dios, que descendió del Eterno Padre, con quien es una sustancia,

y la misma santidad por esencia. Y ve que este inocente, este bienhechor, este Rey de reyes, este Señor de todo lo visible é invisible, este Dios omnipotente, eterno é inmortal es tratado como loco, embaucador, revoltoso, tirano, y mas facineroso que los mas depravados hijos de las tinieblas. Ve el resplandor de la luz eterna trocado en negras sombras de oprobios. Ve la Sabiduría infinita tratada de necedad é ignorancia; la comida de los ángeles convertida en hieles y mirra; el poderoso que se ciñe la espada de su virtud sobre su muslo, abatido y derrocado á los pies de la hez del pueblo; el Esposo todo hermosísimo sobre los hijos de los hombres, amabilísimo sobre el amor mas encendido y abrasado, y dulcísimo mas que el panal de miel formado en el monte de los Libanos, afeado, despreciado, escupido, y hecho el oprobio y la fábula de la malignidad y el desprecio. ¡Y esto con qué inhumanidad! ¡con qué afrenta! ¡con qué escándalo de los cielos y de la tierra! hasta dejar el cuerpo de Jesucristo sin santidad y sin figura de hombre: hasta hartar una hambre infinita de padecer, y hacer rebosar los oprobios, segun la frase de un oráculo divino: *Saturabitur opprobriis.*

Todos estos tormentos, todos estos dolores los padecia Maria en calidad de madre, y madre la mas tierna y sensible que puede imaginarse. Esta cualidad hace sus dolores de una esfera tan superior, que apenas cabe en el humano entendimiento, porque constituye al amor por uno de los principales agentes de su pena y amargura. El mismo Dios caracteriza en las santas Escrituras el amor maternal por superior á todos los amores, segun la expresión del Espíritu Santo: es la hipóbole del dolor el que padece una madre por la muerte de su hijo unigénito; y de esta verdad hay testimonios repetidos en las sagradas y profanas historias. Jacob llora sin consuelo á su desgraciado José: Resfa no puede ver perecer delante de sus ojos el fruto de sus entrañas: David puebla los aires de voces lastimeras y gemidos por su hijo Absalon: Pompeya Tiburnia ve las ropas de su hijo teñidas de sangre, y le acompaña en el eterno sueño de la muerte: Emilia, hija de Valerio Torcuato, oye que su hijo andaba entre las espadas enemigas, y le cuesta la vida este peligro. Estos ejemplos de amor maternal pueden dar alguna idea de la sensacion que causaría en la Madre de Dios ver la muerte de su Hijo; pero siempre es necesario advertir la gran diferencia que hay de hijos y de madres. El Hijo de Maria es amable sobre todos los bienes: es digno con dignidad infinita sobre todo lo visible é invisible: es la misma inocencia, todo amoroso, todo dulce, todo bueno, todo apacible. Maria es semejante en todo á su Hijo: su corazón es el

centro de la compasion y misericordia; su genio es la misma apacibilidad y dulzura; su alma, la mas amable, la mas blanda, la mas tierna y sensible, es la materia mejor dispuesta para padecer. La consideracion de que su hijo es Dios, abre las puertas al sentimiento: el sumo amor que como á tal le profesa, forma un raudal inmenso; las gracias casi infinitas que por la dignidad de madre de Dios ha derramado el espíritu divino sobre su alma, se emplean sin intermision en ensanchar las orillas á este torrente; y la afrenta é inhumanidad con que ve padecer á su Hijo, forman un profundo abismo de aguas amargas de tribulacion y de desconsuelo: ve que pierde un Hijo infinitamente mas amable que todos los hijos de los hombres; un Hijo á quien ama, no solamente con el amor natural de la madre, sino con el que le debia tener por haberle concebido sin mas intervencion que la del Espíritu Santo. Pierde un Hijo que es todo suyo, que así como fué eternamente engendrado sin madre, lo habia sido tambien en tiempo sin padre, de solas sus virginales entrañas; y á este Hijo tan amado le oye en aquel triste sitio, *tengo sed*, y no le puede dar una sola gota de agua: ve que no tiene donde apoyar su cabeza, y no le puede servir de reclinatorio: le ve morir, finalmente, y no le puede dar amparo.

Parece que los dolores de Maria no podian ya llegar á mayor estremo; sin embargo, veia á su santísimo Hijo todavía vivo, y una vida tan preciosa, aunque llena de tanta humillacion, no podia menos de dar algun consuelo á su alma. Iba ya Jesus á espirar cuando advirtió que la fijaba la vista como para decirle alguna cosa; y cuando pudiera esperar que con algun tierno y dulcísimo coloquio fortaleciese su angustiado corazón, vió que señalando á S. Juan Evangelista, la dijo con desmayada voz estas palabras: *Mujer, ve ahí, ese es tu hijo*. Los santos no acaban de ponderar lo acerbo del dolor que fueron estas palabras para Maria, que quedó toda absorta y sorprendida al oirse llamar mujer en lugar de madre, y que la daba por hijo á un puro hombre, en lugar del unigénito de Dios. Pero por grandes que fuesen sus amarguras en este punto, se doblaron todas cuando advirtió que el rostro sacratísimo de Jesus, mas hermoso que los de todos los hombres, se cubria de la palidez y sombra de la muerte, que se le quebraban los ojos que eran el resplandor de la luz eterna, y que desmayando poco á poco el aliento, iba á dar el último suspiro: cuando finalmente vió que demudado todo, y clamando con una gran voz á su Eterno Padre exhaló su santísima alma, consumando la grande obra de la redencion del mundo, aquí fué el último desconsuelo de Maria: aquí se acabó

de enlutar su corazón; y aquí se verificó lo que dice el abad Ruperto; esto es, que fué mas que mártir. Y S. Bernardino de Sena llegó á decir: *Que fué tan estremado su dolor, que si se llegase á dividir entre todas las criaturas sensibles, todas perecerian al momento*. ¡O desconsolada Señora! ¿adónde volvereis ya vuestros ojos que no encuentren motivos de sentimiento? Vuestros amigos os han desamparado, y se han convertido en vuestros mas crueles enemigos. La tierra os asusta con temblores espantosos; el aire os atormenta con los ecos de las blasfemias; el cielo se os oculta con negras y espesas tinieblas; el sol oscurecido niega sus alegres luces, y hasta el Eterno Padre se hace sordo a los suspiros de vuestro corazón, y os deja con vuestro Hijo sumergida en las olas furiosas del mas triste desamparo. Tanta multitud de dolores mueve á exclamar con S. Buenaventura: *Oh corazón suavísimo, centro de amor, ¿por qué te has convertido en corazón de dolor! Miro tu corazón, oh madre amabilísima, y ya no es corazón, sino amarga hiel, y corazón de ajenjos*. (Véase el VIERNES DE PASION en las Dominicas, tomo tercero, página 79, y los SIETE SIERVOS DE MARIA, en el mes de febrero, página 164.)

HIMNO.

O quot undis lacrymarum,
Quo dolore volvitur,
Luctuosa de cruento
Dum revulsum stipite
Cernit ulnis incubantem
Virgo Mater Filium!

Os suave, mite pectus,
Et latus dulcissimum,
Dexteramque vulneratam,
Et sinistram sauciam,
Et rubras cruore plantas
Ægra tingit lacrymis.

Centiesque, milliesque
Stringit aretis nexibus,
Pectus illud, et lacertos,
Illa figit vulnera,
Sicque tota colliquescit
In doloris osculis.

Eja, Mater, obsecramus
Per tuas has lacrymas,
Filiique triste funus,
Vulnerumque purpuram,

O cuantas lágrimas vierte,
Y cuan gran dolor traspasa
A la Virgen Madre, cuando
Ve al Hijo de sus entrañas,
Que depuesto de la Cruz
En su seno se le plantan.

Aquella boca suave,
Aquel pecho, de amor fragua,
El costado atravesado,
Ambas manos desgarradas,
Y los pies ensangrentados
Con lágrimas riega amargas.

Mil veces su pecho y brazos
Apretadamente abraza:
En su corazón imprime
Aquellas sagradas llagas,
Y entre ósculos de dolor
Se derrite en vivas ansias.

Ea, Madre, te rogamos
Por las lágrimas que manan
De tus ojos, por la Sangre
De tu Hijo sacrosanta,